

CANTANIA 2023.
L'Auditori de Barcelona

LAS PUERTAS DEL MUNDO

Una presentación

Bernat Castany Prado

1.- ARGUMENTO: Sara es una niña ciega que está obsesionada con viajar. Cada noche le pide a su padre, Daniel, que lea un capítulo de *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne, su libro preferido. Sara se identifica con este autor francés porque escribió grandes historias de viajes y exploraciones sin haber salido nunca de Francia. Este hecho nos da una pista del argumento de toda la obra, que es una especie de *tour de force* consistente en dar la vuelta al mundo sin salir de su edificio. El hecho es que, ante la insistencia de su hija, Daniel piensa una estratagema para poder realizar este viaje, que le parece imposible por cuestiones económicas, y difícil por las limitaciones físicas de su hija. El plan es el siguiente: cada mañana saldrá de su casa, acompañado de su hija, y cargado de maletas; cogerán un tren de cercanías, realizarán varios trasbordos, y regresarán al cabo de unas horas; pero no a su piso, sino al piso de arriba, donde una familia procedente de otro país, con la que él habrá hablado antes, les acogerá, simulando que se encuentran en su país de origen. Y como es un edificio lleno de gente de muchos orígenes diferentes, su viaje podrá tener tantas escalas como deseen.

2.- EL TEMA DEL VIAJE: Uno de los temas fundamentales de esta historia es el motivo del viaje. Hay diferentes formas de concebir lo que es un viaje.

2.1.- El viaje cultural: Es el tipo de viaje más evidente. El primero que nos viene a la mente. Un viaje sería un desplazamiento en virtud del cual entramos en contacto con otras formas de vivir y de concebir el mundo. Las reacciones frente a estas diferencias pueden ser muy diversas: de interés, de rechazo, de miedo, de admiración... Personalmente, creo que lo mejor es evitar tanto la idealización como la demonización, porque en ambos casos no estamos atendiendo a la realidad, que suele ser ambigua y compleja. De hecho, la idealización y la demonización son herramientas conceptuales que suelen ser utilizadas para dominar a los demás, ya sea de forma amable (como cuando Colón "vio" a los indios taínos como seres cobardes, generosos, fáciles de civilizar y en el fondo de dominar, o como cuando el romanticismo presentaba a la mujer como un ser angelical), ya sea de forma violenta (como cuando el propio Colón habló de los indios caribe como seres violentos, salvajes, irreductibles e imposibles de civilizar, que sólo se podían destruir, o como cuando el romanticismo presentaba a la mujer que no se dejaba someter como a un ser demoníaco).

Personalmente, creo que la mejor actitud es la que suelen mostrar los humanistas, que consideran que el ser humano es esencialmente el mismo en todo lugar y en todo momento. Al fin y al cabo, las diferencias que nos irritan o asustan en los demás son normalmente diferencias adjetivas, o circunstanciales, como son las costumbres, la gastronomía, el aspecto o las formas de hablar, y no diferencias sustantivas, o esenciales, ya que *mutatis mutandis*, y con excepciones muy extremas, todas las culturas participan en semejante medida, aunque con diferente reparto, de la civilización y la barbarie. En

cualquier caso, el núcleo identitario que debería interesarnos es de tipo ético y político. El resto es accesorio.

En el caso de *Las puertas del mundo*, es importante tener en cuenta que esta obra no constituye una etnografía, ni un libro de viajes. El objetivo no es decir cómo se vive —o cómo se canta— en tal o cual país o región. No tenía sentido intentar algo así en un formato como éste. Podríamos decir que las distintas familias que aparecen son alegorías de la diversidad del mundo, no representaciones de culturas concretas.

Además, existen tres tipos de filtros deformantes que justifican el tipo de presentación, algo exotizante, de estas culturas. En primer lugar, la presentación de todas ellas está filtrada por el recuerdo idealizador de estas familias, que quizás hace mucho dejaron sus países, y en el caso de los niños quizás nunca los visitaron. En segundo lugar, la presentación de estas culturas es una escenificación que quiere ser accesible y verosímil a los ojos de una niña de ocho o nueve años, que quiere viajar "como en los libros". Y en tercer lugar, también influye el espíritu lúdico, y algo carnavalesco, que impregna toda la historia, y que justifica o exige cierto juego con los tópicos.

2.2.- El viaje social: Se puede viajar arriba y abajo de la pirámide social. Podemos explorar barrios, ambientes, costumbres, profesiones y experiencias diferentes. Una misma lengua contiene muchos dialectos, sociolectos e idiolectos. Este tipo de viaje es esencial en *Las puertas del mundo*, donde no se trata sólo de un viaje cultural, sino también de un viaje social. Al fin y al cabo, la razón principal por la que Sara no puede viajar no es que sea ciega, sino que su padre no tiene dinero para hacerlo. Y la razón por la que sus vecinos viven en su edificio es que tuvieron que abandonar sus países por razones económicas y que no pueden visitarlos de nuevo, también por razones económicas. Al mismo tiempo, la solidaridad y la generosidad les lleva a construir una especie de cultura transversal en la que, no sólo Sara, sino también el resto de vecinos, podrían sentirse cómodos.

2.3.- El viaje existencial: No viajamos sólo por el espacio exterior, sino también por el espacio interior. Viajamos hasta los confines de nuestro propio ser. Exploramos nuevas posibilidades de vida, nos vemos forzados a actuar fuera de nuestras costumbres, improvisamos, chocamos contra nuestros propios límites... y así es como nos descubrimos y a la vez producimos a nosotros mismos. Y es que, dentro de las costumbres y de lo cotidiano, nuestro ser ya está dado, y se queda estancado, infrutilizado, aburrido, a la espera. Mientras que las experiencias límite, como decía Karl Jasper, nos revelan (si tenemos una visión esencialista de la identidad) o nos construyen (si tenemos una visión más existencialista), forzándonos a empujar los límites a los que estábamos resignados, hasta generar un nuevo perfil, o una nueva "identidad".

Uno de los modelos principales de este tipo de viaje (y uno de los modelos de *Las puertas del mundo*) es la *Odisea*, de Homero (que también era ciego). Al fin y al cabo, el *leit motif* de *Odisea* es la pregunta "¿quién eres tú?", a la que Ulises siempre responde de forma elusiva. Además, el viaje que narra Homero contiene dos tipos de peligros: los físicos (morir devorado por un monstruo) y los existenciales (básicamente, olvidar los *semata* o "señas de identidad": su familia, su isla, su reino). Podríamos decir que Ulises es el héroe de la "identidad".

Pero a mí me parece que esta "identidad" no es la fidelidad a unas características heredadas, ya que, como decía Sartre, es menos importante lo que el pasado ha hecho con nosotros que lo que hacemos con lo que el pasado ha hecho con nosotros. Lo importante, más que la fidelidad a un pasado, es la lealtad a la idea de lo que queremos ser. Personalmente, e intentando no caer en romanticismos, creo que una parte importante de este proyecto existencial se forma en la infancia. Es la idea que nos formamos, cuando somos niños o niñas, de lo que querríamos ser cuando seamos adultos. No se trata, por

supuesto, de cumplir fielmente el sueño de ser astronauta, médico, pirata o bombero... sino de perseguir lealmente los valores que estos sueños presuponen, como son el coraje, la generosidad, la inteligencia, la creatividad o la amistad. En este sentido, creo que la intuición identitaria de los niños es la correcta. Y el dicho árabe que nos recomienda que el adulto que somos no avergüence al niño que fuimos, me parece justo.

2.4.- El viaje filosófico: El viaje no es una cuestión meramente cuantitativa, de kilómetros, sino también cualitativa, de experiencias. Algunas personas (algunos turistas o futbolistas, por ejemplo) viajan mucho, y vuelven a casa intocados. Y otros, sin salir de su pueblo, han realizado viajes que les han cambiado radicalmente. Aristóteles decía que: una cosa es tener experiencias, y otra tener experiencia. El paso del plural al singular es muy difícil, ya que presupone un cambio de mirada, de perspectiva, que no siempre es fácil de alcanzar o de conservar.

En cualquier caso, como decíamos, el viaje está íntimamente conectado con la cuestión de la mirada, ya que viajar no implica sólo mirar cosas nuevas, sino mirar la propia cotidianidad desde una perspectiva diferente. El viaje debería ser -no siempre lo es- la adquisición de una nueva forma de mirar. Por eso podemos decir que, antes de viajar, de viajar de verdad, todos estamos ciegos. Y es esa ceguera filosófica, y no sólo la física, la que nos interesa.

Pensemos, por ejemplo, en el viaje que narró Xavier de Maistre en su *Viaje en torno a mi habitación*, de 1790. En él, el autor transforma la observación y la exploración de su propia habitación en la crónica de un viaje apasionante: “Antes de que yo realizara este viaje, miles de personas no se habrían atrevido nunca a emprenderlo, otros no habrían podido, y otros, en fin, que nunca pensaron en ello, se decidirán quizá a hacerlo siguiendo mi ejemplo.” En 1798, Xavier de Maistre escribirá una segunda crónica, titulada *Expedición nocturna en torno a mi habitación*.

Vale, no importa tanto la vivencia objetiva del viaje (los kilómetros, los contactos) como lo que hacemos con nuestra vivencia (que puede ser muy modesta), es decir, el tipo de mirada que proyectamos sobre ella. ¿Pero en qué consiste la mirada que caracteriza el viaje? En un tipo de atención o de receptividad más atenta, más acogedora, que la que solemos mantener en el día a día.

El problema, de nuevo, no es la proximidad, sino la costumbre y el utilitarismo. Sabemos dónde están las cosas que necesitamos, y creemos que sólo necesitamos las cosas que sabemos dónde están. Los caminos están hechos, y por tanto siempre pasamos por los mismos caminos. Esto es lo que nos ciega. Cuando nos encontramos con una nueva realidad, entramos en contacto con una gran cantidad de elementos susceptibles de ser percibidos: colores, formas, relaciones, personas, animales, texturas, perspectivas, ideas, armonías, incongruencias, etc. Pero en cuestión de segundos reducimos aquella masa enorme de elementos perceptibles a dos o tres de cariz totalmente utilitario: dónde está la salida, dónde está el lavabo, dónde están los objetos que necesito...

Nos gusta viajar, porque cuando lo hacemos, nos ubicamos en ambientes nuevos en los que la rutina y el utilitarismo todavía no han empobrecido los paisajes de nuestra percepción. Pero es tan agradable mientras dura esa sensación... El viaje invierte el proceso de habituación, y supone una constante desautomatización de nuestros modos perceptivos. Todos los objetos nos resultan potencialmente interesantes, por lo que liberan significados que normalmente quedan ocultos. El problema es que nuestra percepción dañada los reduce constantemente, condenándonos a una insatisfacción y a una fuga constantes.

De hecho, buena parte de la historia de la filosofía, en general, y de la metafísica, en particular, consiste en incorporar ese tipo de mirada. Aristóteles la llamaba “contemplación metafísica”, y la consideraba la vía esencial para acceder a la felicidad o *eudaimonía*. Se trata de desconectar la mirada utilitaria para conseguir que las cosas se nos presenten liberadas

de ser sólo medios, es decir, que se nos presenten como agradecidas, aligeradas, con su mejor rostro.

Aristóteles dijo que la metafísica es el conocimiento de lo que es en tanto que es. Esta expresión, que desespera a muchos estudiantes de bachillerato, sólo significa: lo que es, y ya está... Lo que es, y nada más... Porque lo que solemos añadir es para qué sirven las cosas o con qué mantienen tal o cual tipo de relación. Y esto vacía las cosas de su ser, porque las transforma en meros instrumentos. Si definimos a una persona, por ejemplo a "Ana", como "la esposa de su marido", "la madre de sus hijos", "la empleada de tal empresa", "la ciudadana de tal país", etc. estamos dirigiendo nuestra atención fuera de su ser. Y esto es violentarla, porque la estamos considerando más un medio que un fin en sí mismo. Debemos desconectar estos complementos, y pensar en Ana como lo que es, *y ya está*, es decir captar *lo que es en tanto que es*. Esto es desconectar la mirada utilitaria, y esa desconexión es la que permite que el mundo se nos aparezca en todo su esplendor. Pero no sólo se trata de una cuestión intelectual, sino sobre todo existencial. Quien es capaz de ejercer este tipo de mirada, dice Aristóteles, será más feliz, porque no vivirá como resbalando sobre las cosas, convirtiéndose, y convirtiendo a los demás, en un medio, sino que vivirá plenamente, erigiéndose, y erigiendo a los demás, en un fin en sí mismo. Pues bien, esto es también lo que esperamos de los viajes...

Más. El viaje más difícil, el viaje de los viajes, no es subir al Everest o adentrarse en el Amazonas, ni llegar a la luna o al fondo del océano, sino, simplemente, llegar al "aquí y ahora". Es lo que tenemos más cerca, y al mismo tiempo es lo que más fácilmente se nos escapa. No sabemos cómo atraparlo. Podríamos decir que la agencia de viajes más exitosa sería aquella que nos mostrara cómo llegar al "aquí y ahora". Este maravilloso lugar aparece cifrado en el canto XVII de la *Iliada*, de Homero, donde se describen los grabados del irónico escudo de Aquiles, que, en medio de la guerra, representa un espacio de paz y cordialidad.

Chesterton soñó una novela en la que un navegante inglés calculaba de forma ligeramente equivocada el rumbo, y acababa descubriendo Inglaterra de nuevo, con el convencimiento de que se trata de una isla de los Mares del Sur. En su diario de a bordo dicho marinero está y no está en casa. Y esa es, para Chesterton, la distancia perfecta para ver el mundo. Por eso, T.S. Eliot dirá, en *Little Gidding*, que "no debemos detener nuestra exploración hasta que no lleguemos al lugar de donde salimos, y lo conozcamos por primera vez." Sin duda, Sara y Daniel están realizando un viaje filosófico, del que volverán con una nueva mirada.

2.5.- El viaje ontológico: La ontología es la disciplina que se ocupa de pensar en general el ser de las cosas. A veces se utiliza como sinónimo de metafísica. Pero en ese contexto particular significaría la idea que nos hacemos de lo que creemos que es posible o imposible. El viaje ontológico sería, pues, un viaje a las fronteras, a los límites, de la posibilidad.

A veces ponemos estas fronteras demasiado lejos (cuando creemos ingenuamente que son posibles cosas que no lo son), o demasiado cerca (cuando creemos con espíritu derrotista que no son posibles cosas que sí lo son). De hecho, uno de los mecanismos fundamentales de dominación política o interpersonal es la manipulación del discurso sobre la posibilidad. En nuestra sociedad tardocapitalista, por ejemplo, se nos dice que todo es posible, a condición de que esta posibilidad sea exclusivamente individual y dentro de las normas socioeconómicas hegemónicas, mientras que se nos dice que nada es posible a nivel colectivo y político: "no hay alternativas", "otro mundo no es posible", "eso es lo que hay"... También a nivel personal, el maltratador sentimental o laboral suele decirle a su víctima que no existe vida fuera de esa relación, o de ese trabajo. Le dice, en fin, que otra vida no es posible.

En este caso, Daniel piensa que es totalmente imposible dar la vuelta al mundo, mientras que Sara piensa que es totalmente posible. Pero ni uno ni otro tienen toda la razón. O los dos la tienen en parte. Las fronteras de la posibilidad son menos claras y más misteriosas de lo que solemos pensar. De alguna manera, sus posiciones se acercan, porque Daniel aprende que se pueden generar nuevas posibilidades con creatividad, voluntad y solidaridad, ya que, como decía Paul Éluard: “hay otros mundos, pero se encuentran dentro de éste”, y Sara aprende que no todo es posible de una manera ingenua, sino con inteligencia, ayuda y realismo.

3.- LOS PERSONAJES: Sara y Daniel son tan diferentes como complementarios, y además se influirán y modificarán el uno al otro. De un lado, Sara es imaginativa, fantasiosa, alegre, y tiene una relación con la realidad más compleja y profunda que su padre. Del otro, Daniel es una persona adulta, más realista y resignada, y sin imaginación, que no sabe mirar la realidad con fuerza poética e ilusionante.

Como decíamos, en *Las puertas del mundo* se produce una evolución cruzada, un quiasmo, entre el personaje de Daniel y el de Sara. De un lado, Daniel aprende a ver gracias al esfuerzo que tendrá que hacer por fingir que están viajando, y también gracias a los consejos poéticos de su hija, que le pide constantemente que le describa el mundo, y le sugiere un nuevo estilo de mirar y narrar la realidad. Irónicamente, será él, quien veía, quien aprenda a mirar gracias a ella, que no veía.

Del otro lado, parece que Sara sabe que todo lo que está sucediendo es una ficción. Más aún, parece ser ella misma quien la ha provocado. Por eso digo que, con este viaje, Sara ha tenido que aceptar los límites que le impone la realidad (esto sería “la muerte de la infancia”, entendida como ausencia de principio de realidad), y al mismo tiempo ha aprendido que es posible, con creatividad, esfuerzo y comunidad hacer aparecer nuevas posibilidades (esto sería la perduración de la infancia en la vida adulta, propia de los artistas).

4.- LA HISTORIA DE LAS HISTORIAS: En cada una de las escaleras (¡pentatónicas!) de su viaje, se cuenta una historia. La versión inicial contemplaba más historias, pero por una cuestión de espacio se han quedado en tres. Puede ser interesante conocer su origen:

4.1.- “EL ORIGEN DE LA HUMANIDAD” (INDIA): Aunque existen otras versiones, la que he incluido en *Las puertas del mundo* proviene del *De la dignidad del hombre*, de Pico della Mirandola, s. XV. Los dioses crean el mundo. Y después los animales. A cada uno de los animales le atribuyen un carácter específico: el león será valiente, la oveja cobarde, el zorro astuto... A continuación deciden crear un ser que contemple la maravilla del universo, y crean el hombre, pero se encuentran con que gastaron todas las características en los animales. Entonces deciden otorgárselas todas en potencia, de modo que tenga que ser él mismo quien las actualice, u olvide, en libertad. La dignidad del ser humano se basa, pues, en su indeterminación, que le hace superior a los dioses y a los animales, que son lo que siempre serán desde el mismo momento de nacer, mientras que aquél decide libremente su destino. Por eso en toda la tradición humanística e ilustrada, lo importante no serán nunca los ingredientes identitarios heredados, sino la recreación que hacemos libremente de ellos (y buena parte de la política democrática consiste en aliviar el peso condicionante de nuestras circunstancias sociales, culturales o biológicas).

Creo que esta historia armoniza bien con la historia de Sara, Daniel y sus vecinos, que luchan contra lo que los condiciona, consiguiendo ampliar el espacio de su libertad, y por tanto, de su dignidad.

4.2.- “EL VIAJE DE KEITA” (ÁFRICA): Queda por escribir la gran epopeya de los inmigrantes y emigrantes de todos los tiempos. Demasiado a menudo olvidamos que Eneas y su pueblo eran refugiados expulsados de Troya. Nuestras aulas están llenas de Eneas, Ulises y Telémacos. Este movimiento intenta ser un pequeño homenaje a todos aquellos vecinos de Sara que han tenido que vivir sus propias odiseas. En este caso se explica el viaje que realiza Keita, un niño procedente de un país subsahariano, para llegar a Europa y encontrarse con su madre. Él es Ulises, y también Telémaco, porque busca a su madre, que es Penélope, pero también Ulises, porque tuvo que viajar antes de que su hijo fuese a buscarla. Circe será una pastora de Marruecos de la que Keita se enamora, pero que abandonará, porque quiere continuar su viaje; Polifemo es el foco del helicóptero que los persigue en los bosques de Gibraltar; etc.

4.3.- “LAS OCASIONES PERDIDAS” (LA LUNA): Esta historia se inspira en un motivo del *Orlando furioso*, de Ariosto, una obra en la que se recoge una antigua tradición según la cual las cosas que se pierden en la tierra van a parar a la luna. Y como Orlando ha perdido la razón, porque “furioso” en este contexto quiere decir ‘loco’, debe subir hasta la luna para recuperarla. Evidentemente, no se trata de recuperar las llaves del coche o el paraguas, sino lo que es realmente importante. En este caso, las ocasiones u oportunidades perdidas. Los antiguos imaginaban la ocasión, el *kairós*, como una persona totalmente calva, con una única mata de pelo en la frente, que debemos agarrar cuando corre hacia nosotros, porque, una vez ha pasado por nuestro lado, ya no encontraremos cabello por el que atraparla. Aún decimos en español: "la ocasión la pintan calva".

Pero estas oportunidades no son sólo las “oportunidades de la vida”, esas pocas ocasiones en las que se juega todo. Todo momento es una ocasión, porque en todo momento estamos luchando contra la muerte entendida, no como punto final, sino como un cierre constante de nuestras ilusiones, esperanzas, proyectos, etc. *Omni vulnerant, ultima necat*, escribían los antiguos debajo de los relojes de sol, es decir, “todas (las horas) hieren, la última mata”. Así que en todo momento estamos agonizando, de *agon*, que en griego significa “lucha”, es decir, en todo momento estamos luchando entre la vida y la muerte. Son estas ocasiones las que aprovechamos o perdemos en todo momento. Seguramente el *carpe diem* de Horacio hace referencia a esta imagen.

4.4.- “UN SOLO MUNDO”: En la parte 11, titulada “Un solo mundo”, se recoge la poética panteísta de Walt Whitman. Como diría Spinoza, todas las cosas son los modos infinitos de una única sustancia, que podemos observar de dos formas: como *natura naturans*, es decir como la potencia global que se crea a sí misma, creando todas las cosas, o como a *natura naturata*, es decir, como las realidades particulares que constituyen el todo. Lo importante es que todo está conectado, que todo forma una unidad, y que esta visión genera a la vez miedo (porque nos hace sentir pequeños) y entusiasmo (porque nos hace sentir que formamos parte de algo grande y maravilloso). Es una visión sublime. Para poder asumirla sin sentirnos aplastados por ella, necesitamos una visión especial, que es la visión poética. Muchos de los recursos literarios que se utilizan en el texto provienen de esta tradición filosófico-poética: sinestesias, quiasmos, paradojas, enumeraciones caóticas, analogías, oxímora, etc.

5.- TODOS SOMOS MIGRANTES: Creo importante concebir la multiculturalidad en un sentido profundo. La multiculturalidad no son los anuncios de Benetton de los años noventa, ni una ceremonia de inauguración de los juegos olímpicos, ni siquiera se limita a la mezcla de poblaciones de orígenes diferentes... Es algo más complejo, y también habitual. De un lado, todos somos migrantes, porque, en virtud de los distintos tipos de viajes que hemos comentado

más arriba, todo el mundo viaja. Viaja el que se mueve, porque cambia de cultura. Viaja el que se queda, porque la cultura que le rodea cambia por efecto de la gente que se mueve. Viaja el que cambia de profesión, de lengua, de compañía o de estado psicológico o físico. Viaja el que hace amigos de clases sociales diferentes, o sube o baja escalones en la pirámide social según le vayan las cosas. Viaja el que vive, porque vivir es viajar en el tiempo, esto es, envejecer, y también dejar de reconocer el mundo al que estábamos habituados. Esto, por no hablar del gran viaje, que incluye a todos los demás, que es el viaje *one way* de la vida y de la muerte. Sea como fuere, siempre y en todas partes, estamos lanzados a una experiencia viajera y migrante, a veces difícil, que debemos saber aprovechar, y que en todo caso debe hacernos más tolerantes: porque todos estamos desubicados, todos somos migrantes.

Dicho esto, la cuestión de la multiculturalidad es muy importante. La historia resuena con el mito de la torre de Babel. Aunque en esta historia la torre no se derrumba, sino que se mantiene gracias a la inteligencia y la solidaridad. Digamos que es una torre de Babel, que, como la torre de Pisa, es sostenida por diferentes andamios.

Como hemos comentado, todo lo que estas familias le explican a Sara es una gran ficción. Porque hablan de sus recuerdos, idealizaciones o fantasías de unos países que dejaron hace mucho o nunca conocieron; y además se adaptan a las expectativas de Sara. Paradójicamente, estas ficciones tienen mucha realidad, porque expresan precisamente cómo viven este exilio, y también construyen un mundo donde, no sólo Sara, sino todo el resto de vecinos, son bienvenidos. ¿No es esto una sociedad multicultural? ¿Una traducción (y por tanto una traición) de la cultura de cada uno para construir un nuevo mundo en común?

Por otro lado, como decía Cervantes, "sabe más el tonto en su casa que el sabio en la ajena". Es decir, viajar, o simplemente exponerse a la diferencia, nos pone en una situación de ignorancia de los nuevos códigos, lenguas o referentes muy similar a la de la ceguera. En este sentido, Sara es un símbolo del ser humano en un mundo globalizado. Vamos a tientas, cogiendo trozos dispersos de imágenes deformadas. Y en esta situación, necesitamos un poco de humildad y de comprensión, y también un espíritu lúdico, constructivo, y nada puritano, como es lo que muestran los niños cuando no les agobiamos demasiado.

Esto no quiere decir que debemos conformarnos con imágenes deformadas de las diversas culturas, sino que debemos aceptar que hay muchas vivencias diferentes de cada cultura, y que lo importante no es tanto ser fieles a una supuesta autenticidad, sino ser leales al deseo de comprender al otro y convivir con él.

6.- TODO ESTO NO ES DEMAS COMPLEJO PARA LOS NIÑOS?:

Personalmente, creo que es importante no subestimar a los niños y exponerlos a historias complejas y formalmente estimulantes. Como decía C. S. Lewis, la literatura infantil es aquella que también pueden leer los niños. En mi opinión, la literatura escrita (también) para niños debe estar impregnada de filosofía. Esto me recuerda a la figura del "sustanciador", que se paseaba, durante la Posguerra, por los barrios pobres con un hueso de jamón, que sumergía en las ollas de la gente que le llamaba, para darle sabor de carne a la sopa. Pues también la literatura para niños debe haber tenido el jamón de la filosofía hirviendo un buen rato dentro.

Además, estoy convencido de que, aunque en un primer momento los niños no lo entenderán todo, llegará un día en el que se producirá una especie de comprensión retrospectiva. Nosotros no lo veremos, pero debemos confiar en que se va a producir. Ésta es la fe laica (y no siempre evidente) de los maestros y de los profesores.

Bernat Castany Prado.